



Carretera hacia Levante

por Bernardo Fernández-Pacheco Villegas

En estos últimos meses Ruidera, el milagroso oasis en el corazón de la tierra seca de La Mancha, ha visto cómo la mano del hombre ha vuelto a cebarse sobre su ya escarnecida orografía. No era suficiente el problema irresoluble del agua, había que soportar el trazo de una nueva carretera.

No deja resultar notorio que mientras la Junta de Comunidades de Castilla La Mancha se vuelca en la defensa de un paraje y un ecosistema, el de las Hoces del Cabriel, siga volviendo sistemáticamente la espalda a Ruidera. Tanto por extensión como por especies animales y vegetales, Ruidera representa unas de las zonas acuáticas del interior de mayor valor y máximo interés en España y en Europa. Es por ello que resulta increíble comprobar como se consiente su lenta implacable extinción y no se le ahorran ningún tipo de agresiones.

Si viajáis en la próxima primavera a Ruidera comprobaréis como ya es posible cruzar la hermosísima laguna denominada de La Lengua a pie, o como todas las lagunas que componen la cabecera están secas o con la mayor parte de su superficie al aire y sin agua. Pero antes, en el viaje encontraréis otra sorpresa: comprobareis también, y espero que con asombro, como desde Alhambra a Ruidera población y desde aquí a la Ossa de Montiel se ha abierto un nuevo camino, una nueva carretera, como si de una broma se tratase.

La filosofía del proyecto de carretera que arranca en Alhambra es eliminar curvas manteniendo lo más posible la línea recta. Para ello no se han escatimado gastos; es decir, se ha hecho caiga quien caiga. Naturalmente los caídos son las innumerables encinas, chaparros y matorral

autóctono que se han perdido, las toneladas de tierra acarreadas y las rocas voladas con explosivos cuando ha sido menester. Con todo ello se ha abierto una cicatriz al monte que no creo tenga mucho que envidiar a la del río Cabriel. Pero se ha hecho silencio. Con el silencio culpable de los municipios afectados, con el de los grupos ambientalistas que habitualmente se encargan de denunciar estos hechos, al menos en la prensa.

Lo cierto es que la carretera ahí esta. Al igual que se mantiene la otra, la de siempre, con una perfecta viabilidad y anchura, con la extensión más que suficiente para acondicionar los arcenes y con el asfalto en muy buen estado; entre otras poderosas razones porque sólo hace 8 o 9 años que se ensanchó y reafirmó.

Y es que cuando alguna clase de desquiciamiento o locura se ceba sobre una persona o, como en este caso, lugar, parece que el último disparate la última desgracia no llegará jamás; siempre será la penúltima. Es lo que la sabiduría popular sintetiza con el dicho del perro flaco y las pulgas.

Ruidera ha logrado reunir una buena colección de atentados e insensateces. A saber y con riesgo de olvidar alguno: vertidos contaminantes tanto de Ruidera pueblo y de la Ossa de Montiel, como de los innumerables chalets que arrojan aguas fecales a las lagunas; construcciones ilegales por todo el parque; sobre explotación del acuífero 24 del que se sigue sacando agua para regar; pérdida

constante de la masa arborea y de la palustre como efecto imparable del turismo incontrolado; construcción y asfalto posterior de nuevas vías, carreteras interiores, ... y ahora la otra carretera, la que presumiblemente se pretende convertir en ruta alternativa de mercancías; es decir, carretera de camiones. Ante todo esto lo que pudieron ser noticias positivas, como su reconocimiento de Parque Nacional, o la construcción de sitios de acampada resulta casi insignificante.

Hace más de 10 años que se dio la voz de alarma por el peligro que corrían los humedales manchegos y todo el Alto Guadiana. Los que hablábamos de ello hemos demostrado no ser ni agoreros ni alarmistas. Los hechos hablan por si solos. Al igual que hablan todas las medidas que se han ido tomando desde el Gobierno Regional. Estoy convencido tanto de la importancia como del abandono de toda la problemática del agua en La Mancha. Por ello cuando veo la ruidosa puesta en escena del Presidente Bono con la Autovía de Levante o la evolución de su papel de defensor del agua, me abruma la indignación y la impotencia.

Ruidera es un claro ejemplo, uno más pero de grueso calibre, de la ímpetu de un Gobierno Regional. Ruidera no ha sido y no es más que el punto de encuentro de una serie de mezquinos intereses que se van abriendo camino, como si creciesen en el seno de un país sin previsión ni ley; y entre todos están dando al traste con uno de los lugares más privilegiados del planeta.

